

pasión de Jesucristo se consumió haciendo concurrir á ella todas las circunstancias que podían hacerla más ruidosa, más pública. Y en primer lugar: no debía efectuarse en cualquiera época del año: cuando la ley de Moisés congregaba á todos los israelitas al rededor del templo de Jerusalén, cuando se celebraba la solemnidad augusta de la Pascua, la máxima solemnidad de los Hebreos, cuando llegara la época del año en que, como dice el Evangelio, se debía celebrar con toda pompa, con el concurso de las ciudades vecinas, de todas las comarcas inmediatas, el gran día de la festividad de Israel, la Pascua, el universal, el grande día de las misericordias de Jehová sobre su pueblo escogido. Entonces Jerusalén no podía contener á sus moradores: todos las hospederías estaban llenas de peregrinos de todas partes y era ocasión propicia para que todos, no solo los habitantes permanentes de la ciudad, sino todos los de las comarcas vecinas, viesan con sus ojos las humillaciones de Jesucristo, y luego fueran á publicarlas á los países de su nacimiento, y se propagasen así las humillaciones del Salvador, sus oprobios y su desgraciada muerte. Luego, cuanto hay de noble, de grande en Jerusalén concurre á la pasión de Jesucristo; y en verdad, que nada de esto era necesario para ajusticiar al reo; habían sus leyes, sus trámites establecidos, sus instancias, la manera de organizar el proceso, el tribunal que debía pronunciar la sentencia; miles de miles de reos eran condenados, ejecutadas las sentencias sin que Jerusalén tuviera noticia de ellas. Nueva, pues, extraña debía ser la manera de condenar á Jesucristo; debía pasar por todas las instancias, era preciso que lo condenase la Sinagoga como blasfemo, enemigo de Dios, usurpador del sacerdocio, israelita lleno de loca ambición, que se proponía derribar el templo para levantar sobre sus ruinas el edificio de una religión nueva. Por esto, debía pasar por el tribunal eclesiástico,

y los Sacerdotes y los Pontífices lo condenaron como blasfemo, porque se llamaba impiamente hijo de Dios, y porque era además seductor, rebelde, predicaba la subversión del imperio romano, decía que no se debía pagar tributo al César, pretendiendo redimir á Israel del óprobio de la esclavitud. Como enemigo del imperio, debía conocer en su causa el representante de Roma en la Judea, Poncio Pilato; debía, pues, pasar por el tribunal de la magistratura romana y teniendo ya en su divina frente el reato de blasfemo, debía tener también el de la rebelión. Además era un seductor que había perturbado al pueblo, agitado las muchedumbres, distraído á los ciudadanos de su trabajo, de sus faenas ordinarias, seduciéndolo para que corriese la muchedumbre en pos de su doctrina, Herodes, el impío Herodes, que reinaba entonces en Israel, siente vacilar su trono de iniquidad, porque las predicaciones de Jesucristo pueden abrir los ojos de la muchedumbre. Sin embargo de la licencia, la corrupción y la malicia de esa corte, Jesucristo compareció ante ella; y de esta manera pasó por el tribunal de todos los jueces, compareció delante de cuanto había en Jerusalén de grande, de noble y elevado que concurrió á hacer solemne, público, auténtico el óprobio y la condenación de Jesucristo. Luego, era preciso que la muchedumbre se agolpase cerca de los tribunales que condenaban al justo para ejercer su influencia con los jueces, para impedir que la justicia tomara asiento en sus corazones, para no consentir que ninguno de ellos dejara de sentenciar á Jesucristo; por eso los escribas no descansan en esa terrible noche. Van desde el palacio de Caifás á la casa de Anás, al pretorio de Pilatos; van y vuelven arrastrando á Jesucristo en esa ignominiosa peregrinación sin dejarlo descansar durante ella; porque no cesan las injurias; las blasfemias, los sarcamos que lo hieren sin piedad, se burlan de sus prodigios, de su divina misión. Ape-

lan al tribunal de Pilatos y experimenta ¡ah!, mis hermanos, todas las crueles heridas de los dardos que vibra esa política falsa que sin dejar de tener la crueldad del enemigo, del perseguidor, oculta, sin embargo, sus garras de fiera bajo la piel de la oveja ¡Política infame! ¡Verdaderamente digna de los anatemas del cielo y de la tierra! Pilatos reconoce la inocencia de Jesucristo; pero dicen que es enemigo de César y entonces no sabe qué hacer. Duda, teme, se espanta de condenar al justo, se espanta aún más de incurrir en la indignación del imperio, aplaza el momento de pronunciar la sentencia, raciocina, discute con los enemigos del Salvador: no "encuentro causa para condenarlo, les dice, traed testigo que lo acusen, decid por fin cual es la verdad, decid en verdad porque lo condenáis; mi conciencia se levanta contra esta iniquidad, es inocente, no hallo en él motivo para condenarlo, ni siquiera para verlo como criminal." ¡Ah no! enemigo es de César, le dicen, y enemigo serás tu sino lo condenas. Y Pilatos, creyendo calmar su furor, aplacar su cólera ¡oh! ¿qué hace, mis hermanos? Lo entrega á los judíos para que lo azoten y desgarran su inocente cuerpo.

¡Oh política cobarde é infame! ¿Tú entregas la inocencia pretendiendo salvarla por una iniquidad?

¡Oh! Qué bien retratada, mis hermanos, que bien retratada está en esta conducta de Pilatos, la de los perseguidores de la Iglesia católica! ¿No los veis haciendo geruflexiones al Papa, postrándose en su presencia, llamándolo su Padre? ¿No los veis, prodigándole tantos elogios cuantos son los medios ocultos con que miran su poder y vibrando á la vez dardos que hieren su alma? ¡Ah! Esto me lastima demasiado!

Finalmente, como sucede siempre, esa política falsa, condujo al Gobernador romano á la infamia de entregar á Jesucristo á sus verdugos para que fuera crucificado. Nada consiguió, se manchó de nuevo.

Congregò al pueblo antes para presentar al Salvador ya moribundo á las enfurecidas miradas de ese populacho salvaje, diciendo: "hé aquí al hombre." ¡Ah buen Jesús! Eso faltaba para que tus humillaciones fueran bien públicas, solemnes, auténticas como lo exigía la publicidad de nuestros escándalos. Sí, era preciso que humillado, ensangrentado, colmado de oprobios fueras exhibido ante la muchedumbre: "he aquí al hombre."

¡Generaciones, edades todas de la Historia, contemplad en este momento á Jesucristo, que es el tipo de toda grandeza! Contempladlo en ese momento en que lo vió Isaías y nos dejó escrito de él: "que no tenía figura de hombre, que era el oprobio de las gentes."

¡Sí! que lo contemplen los pecadores para que derramen lágrimas de dolor, de ternura, de amor; sí: que lo contemplen los pecadores de todos los siglos para que vean su obra; que lo contemplen todos los infortunados, todos los desgraciados desde el principio del mundo, para que tengan consuelo en sus infortunios; que lo contemplen todos, hasta tú pueblo ingrato, ciudad culpable, ¡Jerusalén! contempla al heredero de tus promesas, al deseado de los antiguos padres, al hijo de David, contempla al Pontífice de la nueva alianza, del nuevo Testamento.

No se conforma Israel, mis hermanos, con contemplar á Jesús sino que, para colmo de sus humillaciones, convocó á todas las gentes, á todas las tribus, para que tuvieran parte en la humillación de Jesucristo; de manera que esas humillaciones del Salvador fueron de resonancia universal. Por eso llenos de furia exclaman: "¡Ah! nó, que su sangre, la sangre del justo caiga no sólo sobre nuestras cabezas, sino también sobre nuestros hijos hasta la tercera y cuarta geueración. ¡Ah! que caiga, queremos que caigan las maldiciones del cielo, con la sangre divina del crucificado del Calvario."

Y se ha cumplido, hermanos míos, porque la sangre de Jesucristo ha caído sobre Israel como una plaga, como el peso de una eterna maldición; y los montes, y los siglos, y los espacios y todas las generaciones de los hombres repiten siempre maldiciones sobre Israel, y el eco se oye en todos los ámbitos del cielo, y se oyen también en las profundidades del abismo maldiciones sobre Jerusalén. Ya lo véis, disperso, sin ley, sin profetas, sin Dios, sin la inteligencia de las divinas escrituras, por todas partes llevando el signo de los anatemas divinos, hasta que llegue la hora de la misericordia y en el último día de los tiempos todos experimenten, siquiera en ese día terrible, la sangre de la redención como signo de paz y de misericordia.

Finalmente, mis hermanos, los desórdenes de nuestras pasiones siempre son la obra de nuestra voluntad cualesquiera que sean los espesos velos con que se cubran; los frívolos pretextos con que excuse el hombre á sus propios ojos, la malicia de su alma; siempre en el fondo de su conciencia hay una luz inextinguible que le muestra escrita con caracteres indelebles la sentencia que dice el Señor: "tu perdición, tu ruina es tu obra, nada más que tu obra, oh Israel"; carácter abominable de nuestros extravíos, mis hermanos, de nuestra malicia, el fruto de nuestra voluntad, es decir, que quebrantamos la ley de Dios, su yugo santo, porque queremos, porque preferimos al imperio suave de su ley santa, el duro y tiránico de nuestras pasiones. Y ¿cuál manera, más adecuada de expiar este verdadero escándalo que el sacrificio espontáneo y voluntario del Calvario? ¡Ah! Nadie obliga á Jesucristo, nadie lo violenta; se ofrece, dice el Espíritu Santo, porque quiere. El de su libre voluntad se presenta al Eterno Padre. Viendo desde toda la eternidad que se perdía el humano linaje por la prevaricación del paraíso terrenal, movida su compasión, agitado su corazón por la misericordia, se

presenta el Verbo á su Padre ¡Oh mis hermanos! ¡Qué abismo de grandeza! ¡Quién pudiera contemplar la inefables magnificencias que encierra ese enigma de amor! Se presenta el Verbo á su Padre diciendo: Padre eterno, Padre celestial, los hombres han prevaricado: Nada puede aplacarte, en vano congregarán los hombres las víctimas purificadas por el fuego, elevarán á los cielos su perfume, los sacerdotes ofrecerán estas víctimas de propiciación por los pecados y tú que eres santo inmaculado que hallas mancha en tus ángeles ¿aceptarás esos sacrificios? ¡no! Los desecharás, los maldecirás, porque son ofrecidos por manos culpables, por manos teñidas en la sangre del justo, y entonces yo he resuelto presentarme ante tí. ¡Sí, Padre Eterno! consustancial conmigo. La sustancia divina no puede humillarse, no puede hacer ese sacrificio, pero hay un medio escojitado en los arcanos insondables de mi sabiduría: dame un cuerpo, envíame á la tierra en la plenitud de los tiempos, en el día de la misericordia; yo tomaré esa naturaleza culpable para que sea santificada, divinizada por mí, úneme con ella y entonces puede ser lavada con mi sangre la mancha del pecado, entonces puede subir á tu trono el perfume aromático de un sacrificio que tenga olor de suavidad, entonces tu misericordia se derramará sobre la humanidad, porque nada tendrá que reclamar tu divina justicia. Dame un cuerpo, Padre Eterno, yo voy á consumir el sacrificio agradable á tus divinos ojos por la salud del mundo. Y para que no quedara duda de este carácter verdaderamente divino del sacrificio del Salvador, ved lo que pasa en el primer momento de su pasión y en los momentos de su muerte. ¡Ah! No sea que crean los hombres que no pudo libertarse del poder de sus enemigos, no sea que piensen que alguna fuerza oculta, misteriosa lo trae al sacrificio; y para monumento impercedero de su diestra, para que

conozcan sus propios enemigos que es el Dios fuerte, en el jardín de los Olivos cae derribada por un soplo de su poder, nada más que con la palabra: "Yo soy á quien buscáis" ministros de la justicia humana, como si el cielo hubiera vibrado uno de sus rayos, la furiosa muchedumbre. Yo soy el Dios de la magestad y de la gloria: ahora levantaos, porque esta es la hora y el poder de las tinieblas, ejecutad vuestra misión. Y cuando el Salvador próximo ya á exhalar su bendita alma, entregándola en manos de su Padre, quiso dejar al mundo una prueba irrefragable de su martirio, acordaos, mis hermanos, de lo que hizo en su inefable sabiduría, convocó á los elementos de la naturaleza: al sol, la luna, las estrellas, la tierra, los espectros, la sinagoga, el santuario, el velo del templo, los despojos de la muerte que yacían sepultados en las cercanías de Jerusalem, vivos y muertos, seres animados é inanimados, ángeles del cielo y habitantes de la tierra, los representantes de la antigua ley y los de la nueva ley, es decir, todo el mundo de los seres creados visibles é invisibles, la creación material—al grito de agonía del Salvador—todo contribuyó á probar al mundo el carácter espontáneo de su sacrificio. ¡Ah! Se oscureció el Sol, manchas rojas cubrieron la luna, terremotos en la tierra, muertos que vuelven á la vida, y Jerusalem contempla los cadáveres que salen de sus tumbas, los verdugos que lo crucificaron abandonan el monte Calvario hiriéndose el pecho y exclamando: "verdaderamente era el hijo de Dios."

¡Y tú también Jerusalem que debiste honrarlo y no llevarlo á la muerte! ¡Oh! Dá tú también testimonio de la muerte del Justo! Que el velo del templo que cubrió el altar de los sacrificios se rasgue para denotar que terminaron los antiguos sacrificios y que comienza sobre sus ruinas el sacrificio del sacerdocio inmortal del Cristo Jesús.

El caracter, pues, mis hermanos, voluntario de las humillaciones de Jesucristo por haber sido universales, públicas, crueles, dolorosas, rápidas, instantáneas y voluntarias, fruto es exclusivo de su voluntad con la cual se otreció á su Eterno Padre. Estas humillaciones con todos estos caracteres han sido la expiación condigna de los caracteres abominables de las pasiones humanas de sus escándalos, de sus injusticias, de su universalidad.

¿Qué nos restará hacer, mis hermanos, que nos restará hacer después de contemplar estas humillaciones de Jesucristo? ¡Ah! Aquí siento que desfallece mi corazón, que huyen las palabras de mis labios, que enmudezco, porque siento que la causa de tales humillaciones han sido, mis hermanos, nuestros pecados. Sí: hemos renegado de Dios, doblado la rodilla ante los ídolos fabricados por nuestras manos, hemos errado el camino de la verdad, nos hemos apartado del sendero de la justicia. ¡Ah! Nuestras prevaricaciones han crucificado á nuestro Salvador, lo han elevado al Calvario lo han expuesto desnudo, llagado, ensangrentado, á las miradas del mundo! ¡Oh Padre Celestial! ¿Qué es lo que ven mis ojos? ¿Qué es lo que contempla mi mente conturbada? ¡Ah! Yo abro las Escrituras santas y veo al desgraciado Osa herido de muerte por su temeridad al acercarse al arca del testamento. Veo al rey Antioco, víctima de la divina venganza, por haber violado el santuario y los vasos sagrados. Veo al desgraciado Saul perseguido de muerte por la justicia divina, por haber quebrantado un leve precepto. ¡Ah! Padre Justo, Padre Eterno No llegan hasta el cielo estas palabras: "todas las olas del furor han pasado sobre mí, todas las amarguras de tu cólera han inundado mi alma"; y el Salvador exclama: "Padre, Padre que á nadie has abandonado, que te complaces en llamarte el Padre del huérfano, el defensor de la viuda, el cuidador del pupi-

lo, ¡ah! solo á mí me abandonas! ¿Dios mío, por qué me has abandonado?" ¡Ah! mi buen Jesús! á lo menos no te abandonaremos nosotros en ese amargo trance de tu agonía, de tu muerte! ¡Ah, mis hermanos! No lo abandonéis ¡no! Abracemos antes su cruz! Ved, mis queridos hermanos: en sus divinos pies taladrados por los pecados de los hombres, encontraremos como Magdalena el perdón; la misericordia en sus divinos ojos, en la dulce mirada de sus ojos halló Pedro la compasión, el arrepentimiento la penitencia. Dice el Evangelio: "Vió Jesús á Pedro". En su divina boca, en una palabra de sus labios que son la fuente de la sabiduría increada halló uno de los ladrones el perdón y la promesa del paraíso! En sus divinas manos, en sus benditas y adorables manos halló la muchedumbre la multiplicación de los panes para saciar su hambre. Pero yo más ambicioso que todos los pecadores del Evangelio ¡mi buen Jesús! Yo quiero penetrar en tu corazón. ¡Ah! Soy más ambicioso que Juan cuando reclinando su cabeza sobre tu pecho, aprendió la sublime teología de su admirable Evangelio. Yo quiero ir al Corazón de Jesús. A ello me alienta la invitación de David: "hijo del hombre acércate al corazón de Jesús." Yo quiero regar mi alma pecadora con la sangre y el agua que brotó de tu costado abierto por la lanza de un soldado. ¡Ah, mis hermanos! Llenos de amor, acerquemonos al pié de la cruz de Jesucristo! Protestemos una y mil veces, protestemos por el cielo y por la tierra, por la gloria de su nombre y por nuestra felicidad, no abandonar su servicio, militar siempre bajo su bandera. ¡Si! todos protestemos, mis hermanos, escondernos en su corazón, viviren su corazón, morir en su corazón para reinar con él, con el Padre y el Espíritu Santo!



XXVII

La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral, en la
misa ferial del 5 de abril de 1876.

*Humiliavit semetipsum.
Se humilló á sí mismo.
San Pablo á los filipenses, c.
II. v. 8*

Yo encuentro más admirable, mis hermanos, las infinitas humillaciones del Verbo encarnado que los inefables esplendores de su gloria divina; comprendo á Jesucristo transfigurado en el Tabor, instruyendo á sus discípulos asombrados; pero no puedo mirarlo sin espanto crucificado en el Calvario. Que la majestad del Excelso sea proclamada en las alturas á la faz del cielo y de tierra con un cántico, que no pudieron cantar los inspirados labios de Isaías, por glorioso que sea para Jesucristo, era, sin embargo, debido al augusto carácter de su divina persona; pero que el Salvador de mundo, colmado de oprobios, saturado de amargura, haga estremecer los cielos y la tierra con esa gran palabra cuyo sentido se pierde en las profundidades del pensamiento "Padre, Padre ¿por qué me has abandona-